

PUBLIKACIONES *Cinema*

Franka
Gaal
con Alvin
Holt
en

50
PTAS.



Contadina

CATALINA

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

HERMANN KOSTERLITZ

PRODUCIDA POR

JOE PASTERNAK



PELICULA UNIVERSAL

DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

FRANZISKA GAAL

AHNS HOLT

HANS OLDEN

OTTO WALLBURG

Y NUEVE ESTRELLAS DE LA PANTALLA EUROPEA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

CATALINA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

En el gran teatro de la Ópera de la ex imperial ciudad de Viena se celebra en esta placida noche primavera una función extraordinaria.

La aristocrática concurrencia, de tránsito hacia sus respectivos palcos, llena las alfombradas escaleras y los suntuosos vestíbulos en un ordenado desfile de columna brillante, que busca el refugio molting de sus alvéolos amados.

Al contemplar esa selenina disciplina, practicada por tan respetables y graves caballeros y tan deslumbrantes y virtuosas damas, nadie que no fuera un loco de atar osaría, no romperla, pero ni siquiera pensar que fuese posible, sin precipitar una catástrofe social y acreditarse de vil monigote de la ridiculez, el triunfar en ella con maneras xafias de mal nacido ni voces descompuestas de patán. Y aún, aceptada la posibilidad de tal degüello costaría creer que pudiese existir corriendo parejas con tanta audacia un sujeto lo bastante promaz y desencantado para especular con un grotesco ridículo sin morirse de vergüenza.

Pero he aquí que, cuando más sólida se hace en nosotros esa convicción, nos sorprende ver subir por la ancha escalera de mármol a un sujeto vestido de irrepachable frac, por cierto distinguidísimamente elegante y fiel a los cánones de la más rigurosa etiqueta masculina de noche, en tan descompuesta forma, precipitada marcha y abstracción de cuanto le rodea, que nos anula la sensación de que el ente monstruoso que acabamos inexistente ha surgido, quien sabe si del rabo maldito del diablo, en forma de todo un caballero que se llama Hansen Gerslow.

Apenas el individuo de referencia ha llegado al descansillo de la escalera, se detiene un instante, durante el cual podemos contemplarle a nuestro sabor.

No aparenta más allá de veinticinco años. Es hombre alto sin exceder del límite en que la apostura y la gallardía pierden armonía para tornarse una exageración. Su esbelta complexión exuberante salud y robustez apolínea belleza varonil: ojos negros, profundos de audacia y voluntad, hermosa frente despejada y noble y un no sé qué de alta en las sienes ojeras, en el que campea, con el estigma leve de la disipación, por fortuna aguda, un raudal de sentimiento y una irresistible simpatía.

Por la forma en que se mueve, mira y escucha a su alrededor podemos afirmar que pertenece a esa clase de hombres cuya voluntad es hierro labrado con la más pura y humana pasión. Y ha de ser forzosamente así, por cuanto despreciando, o por mejor decir, prescindiendo del ambiente almidonado y social que le rodea, sube la escalera a saltos, se lanza y busca, ávida y obstinadamente, a seguir el intervalo que le ofrece cada descansillo; mira a la concurrencia con impertinente insistencia tropezando de vez en vez con el ebúrneo hombro desnudo de una dama deslumbrante, que se vuelve indignada para reprocharle con una mueca de desprecio su rufio proceder, sin que todo ello logre perturbar su estúpida obsesión. ¿Qué cosa grave le amenaza a ese elegante caballero? ¿Qué cosa, o qué persona, busca con tanto afán?

Ya se ha encarado con tres o cuatro ujieres de flamante librea a los que ha hablado con una nerviosidad y vehemencia sin par.

En este momento uno de ellos aparece en la alto de la escalera, por la que empieza a bajar con la estudiada parsimonia del perfecto lacayo.

Von Gerstlow, apenas le ve, se le cede materialmente encima.

Como al hacerlo, el referido ujier se encuentra a pocos pasos del lugar en que estamos nosotros, la voz del joven y cultado aristócrata llega, clara, a nuestros oídos.

Al fin vamos a saber qué es lo que le ocurre a tan pálido y soñoliento.

—¡Oigame, por favor! — exclama a gritos destemplados. — ¡Necesito ocupar el palco número 2! ¡Por favor, facilíteme la calidad! ¡Le daré cuanto me pida... lo que sea... una fortuna, si conviene...! ¡Pero deme entrada para ese palco, me es imprescindible, necesario! ¡Si no puedo entrar en él estoy perdido!

—Lo siento, señor — contesta el decorativo criado sin alterarse —. Es imposible. Vea — añade, al tiempo que señala en la dirección del tramo de escalera superior —. Está reservado a aquel caballero. Es el ministro de Bulgaria y su séquito; usted comprenderá, señor, que no se le puede privar del palco, que por otra parte ha adquirido con mucha anterioridad a usted.

—Son tres señores en total, según veo — replica Gerstlow, braceando con nerviosidad —. El palco es espacioso, caben algunas personas más; ¿por qué no puede haber un sillito para mí? ¡Es que me basta un rincón, un breve espacio, casi nada, señor ujier!

—Aunque le bastase una simple paja, señor, es imposible. A menos — añade el ujier para acabar de una vez con tan pegajoso concurrente — que usted mismo vaya a pedirlo al propio Ministro. Si él se la concede...

No bien ha terminado el grave servidor de formular su húida sugerencia, cuando ya von Gerstlow salta los peldaños que le separan de la diplomática personalidad de dos en dos y se planta ante un inofensivo homecillo de edad madura, que viste, con bastante embarazo, una larga levita poco barba.

—¡Señor Ministro! — le espeta sin fórmulas de presentación ni reglas de protocolo — ¡Necesito ocupar el palco número 2, que es el que le han destinado a usted! Estoy aquí para pedirle que tenga la amabilidad de cedérmelo. Es cosa muy interesante, señor, que le pagaré al mejor precio.

Caballero — se vergue el diplomático, admirado de la audacia de aquel desconocido y exhalando un tufillo vanidoso y ruidoso de hombre importante — ¿quién le presenta a usted?

—¡Déjese de tonterías, señor Ministro; el palco número 2 es el que interesa ahora! ¿Qué contesta usted? ¡Dese prisa, se lo ruego, señor!

Los dos estrados personajes del séquito a los que humana audacia ha dejado menos turbados que al propio Ministro, clavados en el peldaño en que aquella les sorprendiera hasta este momento, reaccionan al fin e interponen con digna seguridad y altanero reproche, que encierra una amenaza.

—¡Caballero! ¡No sabe qué habla con el Ministro de Bulgaria? Haga el favor de retirarse inmediatamente, si no quiere pasar un serio disgusto.

Ante tan dura comunicación, Gerstlow opta por retirarse desolado. Ha agotado todos los recursos humanos de su imaginación susceptibles de brindarle un éxito en su furioso deseo de ocupar el palco número 2, y desciende las escaleras, abrumado.

Apenas pone los pies en el vestíbulo inferior se le acerca un sujeto de alta estatura, vestido con elegante frac, quien con aparatoso buen humor y brillante donaire de veterano tronera se le cuelga familiarmente del cuello.

Es Eduardo, su mejor amigo y compañero de francachelas, algo más maturo que él y hombre de mundo excelente. Es el tipo gemino del aristócrata ocioso, que dilapida los últimos doblones de su ascendencia, con generosidad, alegría y honrosa magnanimidad, galardón hereditario de la sangre que nadie, ni en la ruina le podrá disputar.

—¿Qué haces aquí? — le pregunta a Gerstlow con sorna —. Te suponía ya en el palco, al lado de tu tormento.

—¡Qué! Eduardo! ¿Qué debo hacer. El palco número 2 está reservado a todo un Ministro de la diplomacia búlgara. ¡Lo he probado todo para disuadir a esta loca con levita que se posesiona de él y ha sido en vano! ¡Estoy desesperado! ¡Qué noche!

—¿Ocupado por diplomáticos, has dicho? — inquiera, campechamente, Eduardo.

—Sí, ¿qué?

—Y por qué no tratas de desalojar el palco «diplomáticamente»? — sugiere el calaverón, asintiendo con malicia al eterno monólogo en su ojo siniestro.

—Diplomáticamente?

—Claro!

—¡Buena razón, es verdad! ¡Me has dado la solución! — exclama Gerstlow, que ha comprendido la idea de su amigo, al tiempo que se lanza escaleras abajo saltando como un gamo.

A merced de todas las emociones, penetra en uno de los varios locutorios telefónicos que hay en la Ópera y llamando un número perteneciente a otro teléfono del mismo teatro, pide:

Señorita, ¿puedo pasar aviso a su excelencia el Ministro de Bulgaria, quien en este momento se encuentra ocupando el palco número 2, que se ponga al aparato para ser informado de un asunto urgentísimo.

Minutos después vamos a un upper penthouse en el palco aludido por von Gerstlow, en el que nuestro diplomático ha tomado tranquilamente asiento.

—Excelencia, se llaman al teléfono con urgencia.

Sin poder disminuir una sombra de inquietud, el diminuto y llamante Ministro se dirige al locutorio. —Diga.

—¿Su excelencia el Ministro de Bulgaria?

—Sí, ¿con quien hablo?

Con el Conde de Bulgaria.

—¿Hay novedades?

Gerstlow traga saliva un instante y se ensancha con el índice la empuñadura del cuello de su camisa, que se le anuda un ceño estrangulador de condenado, y se decide a soltar el temerario trago.

—Sí... señor Ministro, hay novedades, muy graves novedades. No se que tipo de espionaje ha surgido, cuando la policía de Viena reclama a su excelencia inmediatamente a la Embajada.

—¿A mí?

—¡Claro... sí, excelencia...!

—Es que... pero, oiga, ¿en que mi país no se ha metido nunca en estos bajos menesteres? — protesta, emocionado, y con voz casi agónica el pobre hombre.

—Lo que sea, excelencia; menesteres bajos, o no, tiene su excelencia que venir inmediatamente.

—Bien, bien, voy al instante — asegura el Ministro, turbado y pálido.

Instantes después abandona la Ópera con su séquito dejando el precioso palco número 2 deshabitado como un desierto.

Casi simultáneamente nuestro simpático y amacisimo von Gerstlow hace su entrada en el como un bravo guerrero en su plaza conquistada.

¡Ya está en el palco número 2!

Con ansiedad de felina, inevitable después de tanto y peligroso ajeteo, se adice en el ángulo derecho.

—¡Sybil! — llama en voz queda.

—¡Oh, Gerstlow! — contesta una voz angelical.

Y al mismo tiempo, por encima del humido antepecho del palco cualquier y a ras del ángulo que forma en él el tabique divisorio del que ocupa nuestro joven, se asoma el precioso brazo de una elegante señorita, que al instante tiende con febril y tímida diligencia presagiosa sus manecitas de nieve y rosa al eslabón.

He aquí el objetivo que nuestro temerario joven ha venido persiguiendo con tanta fiereza. Es Sybil, la hija del opulento fabricante, Sixtus Braun Sybil, de la que, desde algún tiempo, está succiona y hondamente enamorado.

Y como la fortaleza es dura de asaltar, no por sí misma, sino por el basión físico y moral del padre de la joven, a quien vemos sentado al lado de ella, respetable caballero de mucho abdomen y poca amabilidad, carácter iracundo, calculador y desamorado, habituado a mirar todos los problemas de la vida a través de un prisma utilitario y objetivo, Gerstlow se ve obligado a practicar una serie de malabazarismos, como el que acostumbró de presenciar, para acercarse a su amada y poderle reiterar sus encendidas promesas de eterno amor.

Sybil es una joven de veinte años, criada en un medio demasiado refinado y artificial y muy contagiada de los materialismos de su escudado papá. Es hermosa sin ser presumida, y afectuosa sin llegar a la pasión.

Corresponde al amor de Gerstlow con más espíritu de vanidad y veleidades de frívola mujer que por floración de puros y generosos sentimientos, aunque en nada deja rastros este sutil pliegue femenino de su idiosincrasia, que cubre maravillosamente, con gasa perfumada, la primavera florida de su joven corazón.

La pareja es feliz y ya no espera más que la ocasión de poder efectuar sus entrevistas sin esa incómoda eventualidad de una furtiva que las hace truncadas e incómodas para su creciente pasión.

—¡Vida mía! — susurra el joven, estrechando y besando las tibias manos de su bella —. ¡Cuánto me ha costado llegar a tí!

—También hoy, amor mío?

—¡Cuánto! ¡Una verdadera cruz del palco!

—¿Eres grande, Gerstlow de mi alma!

—¿Que no haría yo por tí? Piensa que acabo de echar de este palco, ¡mucho menos que a todo un Ministro!

—¿Un Ministro?

—Claro; para poder hablarte y besarte soy capaz de echar... ¡hasta el capitán por la borda!

—¿Y no corre peligro, Gerstlow mío? ¡Mira que echar a un Ministro de su palco...!

—No, no Sybill, no corre peligro, eso pasó. Hoy, por lo menos, puedo considerarme salvo... así lo creo. No ocurrirá, sin embargo, o mismo otro día y acabaré con mis huesos en la cárcel — amenaza el joven para asustar a su amada y decidirla a formalizar su situación.

Es tan persistente el asno que ese rápido y vehemente diálogo produce, y además tan violenta la posición de Sybill en el ángulo del palco, que su muy respetable padre, intrigado, se vuelve sorprendiendo con la natural indignación, a la pareja enfrascada en su singular idilio.

Se levanta de un salto y saliendo silenciosamente de su palco, entra apriesuradamente en el octeto el enamorado galán, a cuyo lado toma asiento con parsimoniosa lentitud de felino, que considera segura la presa.

Gerstlow no ha visto nada de esta artera operación: por el contrario, muy lejos de suponerse con la voluminosa e ingrueta compañía que le acaba de enviar el diablo, sigue escuchando, embobado a su novia.

—Mi padre se resiste a escuchar con seriedad las proposiciones — se lamenta Sybill.

—¿Le has hablado de nuestro amor?

—Sí.

—¿Y qué contesta?

—Que el asunto es grave y hay que pensarlo mucho.

—Tu padre es una especie de renacuajo!

—Oh, no, calla, Gerstlow!

—Me es muy poco simpático! — susurra el joven con voz lo suficiente alta para ser oída del señor Braun.

Este, amoscado, se acerca un poco más al rendido Gerstlow. Esta vez, Sybill, que es la que está situada cara a él, advierte su presencia.

—Oh Gerstlow, mi papá!

—¿Eh? — inquiere el joven —. ¡Sí, ya lo sé, está ahí a tu lado! (No creas que me oye, ni que lo tema!)

—Na... no... si está en tu palco...

Gerstlow se vuelve con un poco de inquietud y, con el consiguiente estorbo, se encuentra los ojillos indignados del señor Braun, que tratan de atravesarlo el pensamiento.

—Oiga, joven — le espeta de buenas a primeras, con desbordante impaciencia y mal humor —. ¿Cuándo decidirá usted dejarnos tranquilos de una vez?

—¡Probablemente nunca! — replica Gerstlow, con seguridad que tan sistemática oposición ha tornado agresiva.

—¿Su conducta comienza a producirme bastante indignación! ¿Es que no podemos ir al teatro cuando nos plazca? Hace tiempo que usted nos sigue con tanto ahínco, que he llegado a tomarle alguna vez por mi propia sombra. ¿Es un caso de exagerada sujeción! ¿Es que se propone usted proseguir todavía durante mucho tiempo esta conducta?

—Sí, señor!



— ¡Mans, también a ti te ha enviado el cielo!



Hans, rápido, se cuadra con la idea de fingir que Eduardo, es su señor.

—No quiere dejarnos terminar la función?

—No!

—Es intolerable! — protesta el opulento Braun, al tiempo que abandona el palco del cortador de su hija para volver al suyo.

—Vamos, Sybil! — ordena imperiosamente a la joven, que no puede dominar su emoción.

Momentos después, padre e hija aparecen sentados en el interior de su magnífica cabaña, camino de su casa.

Sybil, acurrucada en el fondo de su asiento, llora amargamente.

—La juventud moderna me saca de quicio! — protesta el señor Braun — ¿Habrás visto proceder más incorrecto?

Papá, ¿por qué te opones a que ese joven se acerque a mí?

Sybil ha formulado esta pregunta con tan humilde dolor, que el señor Braun, padre y hombre al fin, se enternece y mirándole con indulgencia, pregunta, después de un instante de dudosa meditación:

—¿Qué te pasa, hija mía?

—Papá, ese joven...

—¿Le amas?

—¡Mucho, papá...! ¡Le quiero con toda mi alma! — muestra Sybil con la suprema emoción de estas íntimas confesiones, al tiempo que descansa su rubia cabecita con púdica dulzura sobre el pecho del autor de sus días.

—¿Y él?

—No lo ves, papá? Tú lo has dicho: nos sigue con la fidelidad de tu propia sombra. ¿Quieres pruebas más elocuentes?

—¿Estás segura?

—Me ama, papá...

Es que no puedo dominar la duda de que todo hombre que se pretenda ha de hacerlo por la dote más que por tu corazón.

No, papá, Gerstlow me ama, sus ojos no pueden mentir, ¡si vieras cómo me mira...!

—¡Lo sé, lo sé...! Bien, si tú lo afirmas — concede la Fuerza, vencida por las artes irresistibles de la Amorosa Sumisión —, En cuanto lleguemos a casa podrás pasarle aviso para que mañana a las diez vaya a visitarme y le recibre.

—¡Oh, papá, gracias, este es el día más feliz de mi vida! — exclama Sybil abrazando al señor Braun, que no puede contener su emoción.

Mientras en el interior del coche tiene lugar esa escena augural, Gerstlow, ignorante del sesgo benévolo que toman los acontecimientos, sin esperar a que termine la representación, abandona el teatro en compañía de su inseparable amigo Eduardo, con el que se refugia en un café de mala nota, decidido a emborracharse para olvidar.

—¡Yo no resistiré esto! — se lamenta, sentado en el alto taburete, ante una colección pasmosa de copas de todos los tamaños y colores.

—¡Te resistirás eso y mucho más — replica Eduardo, tambaleándose en el buen humor de los alcohólicos vapores —. Bien conoces mi lema: «Al dolor del amor, compresas de alcohol» ¡Bebe, bebe, llora!

Gerstlow lleva ya apurados más vasos de los de la cuenta y poco a poco su conversación toma esa incoherencia vaga y peregrina peculiar de la embriaguez.

Los muchachos del establecimiento, flores desgraciadas del jardín de Dios, atraídas por la presencia de los dos jóvenes, asiduos clientes de la casa, se les acercan ofreciéndoles su mercadería alegre.

El espectáculo como todos los de ese género, no es nada edificante, pero Gerstlow, que ya no puede controlar sus actos, se entrega a la libre expansión, secundado por el inefable Eduardo, que no regatea fastuosidad.

Cuando más ruidosa y espectacular es la juerga al pie del mostrador, hace su entrada en el bar un sujeto medroso, de baja estatura y risetería compulsa, quien deslizándose, por así decirlo, entre las mesas y las sillas se acerca al grupo que forman nuestros amigos, junto a los que se sitúa calculadamente en actitud de pollino asustado, pidiendo:

—Un cocktail.

Los ojos de este caballero, pequeñines y asustadizos, de vez en vez secan de seco y con demasiada insistencia a Gerstlow, y su boca, de labios permanentemente pasmados, parece que se escandaliza en tanto nuestro desgraciado joven arroja el jolgorio con las muchachas.

Mejor que para beber se diría que ha entrado en el bar para espiar lo que ocurre en su interior.

Pero lo hace tan torpemente, tan groseramente y con impertinencia tal que Gerstlow, cuyo humor, pese al alcohol, es de perros, habiendo topado ya demasiadas veces con su codo tardío, se vuelve y encarándosele, grita:

—¡Oiga usted, espantapájaros! ¿Qué es lo que viene a buscar aquí?

—¡Yo! ¡nadá!... ¿yo...? — tartamudea el hombrecillo, haciéndose atrás con temor.

—¡Árguese ya, idiota; su presencia me molesta! ¡No estoy hoy para aguantar la presencia de ciertos importunos...! ¡Eh! ¿No me oye usted? ¿No sabe que estoy desesperado? ¡Afuera!

Gerstlow, sin motivo alguno, llevado del vendaval que los vapores espirituales levantan en su cerebro, se pone en pie y asiendo las ribeteadas solapas del flamante smoking del pobre diablo, lo zarandeo con brutalidad.

El desconocido, naturalmente, trata de desasirse de las manos del borracho, mas éste toma la actitud por una insolencia y comienza a propinarle furiosas bofetadas.

No tardamos en ver al hombrecillo pataleando en el suelo y la concurrencia arremolinarse alrededor del grupo de luchadores.

Y gracias a esa concurrencia no ocurre una verdadera catástrofe.

Gerstlow y Eduardo son echados del establecimiento, pudiendo vanagloriarse de no ser conducidos a la Comisaría.

Hans, tambaleándose peligrosamente, después de practicar una serie de rodicos por el barrio y tras no pocos cómicos topetazos con mozos y esquinas, logra llegar a su casa tarareando una alegre canción.

Toby, su criado, le abre la puerta y apenas ve que quien llega es su amo, le dice con jubilosá precipitación:

—¡Señor, señor, la señorita Braun...!

—¡La, lararí, tara...! — contesta bulliciosamente el esclavo.

—¡Por favor, señor, escúcheme... su novia ha telefonado que mañana, a las diez, se persone usted en su casa...!

—¡Sueño es la vida... verdad es sólo el amor...!

—¡Escúcheme, señor, es muy importante... que vaya usted a casa de la señorita Braun para hablarle a su papá...!

Es inútil, los buenos deseos de Toby se ahogan en la baba de alcohol que opone su señor; Gerstlow no oye, no puede oír.

Toby es uno de estos muchachos sencillos, todo sinceridad y servicialidad, uno de esos criados adictos y fieles que son para un aristócrata señorón de depauperadas finanzas, a la vez que universales servidores, grandes amigos y ejemplares confidentes.

El sabe cuánto su señor ama a Sybil y cuánto felicidad ha de producirle la noticia que tan inútilmente se esfuerza en comunicarle.

Con esa interrumpida cantinela de Hans y el forcejeo de Toby para vencerla, los dos hombres llegan al dormitorio del primero.

—¡Oye Toby! — exclama Gerstlow, deteniéndose ante su cama, que los vapores del alcohol le hacen ver al revés —. ¿Has cambiado la posición de las paredes?

En este momento, el criado mira la pequeña puerta del fondo que da paso al cuarto de baño y, desesperado por la imposibilidad de despertarse a su señor la atención a tan trascendental noticia, tiene una idea luminosa.

—¡Señor, es que se ha equivocado usted! ¡No es esta su habitación; la suya está en el fondo!

—¡Allí! — inquiere Gerstlow, dirigiéndose hacia el cuarto de baño.

—¡Sí, señor, allí... allí está... eso es...!

Nuestro borracho ha entrado en el cuarto de baño, en uno de cuyos ángulos cuelga, pródigo a la mano que se digne maniobrar el resorte de su fácil espita, el caño de la ducha.

—¡Todavía no ha llegado, señor... un poco más... eso es... aquí está! — orienta Toby, nervioso, logrando ubicar a su señor debajo del caño de las frescas abluciones.

Y antes de que Gerstlow pueda darse cuenta de lo que va

a ocurrir, el criado da vuelta a la espita y encima de la cabeza abrazada de Hans cae un chorro de agua abundante y sonora.

— ¡Señor, señor...! — clama Toby con fuertes gritos — ¡La señorita Braun ha telefonado...!

Y el celoso muchacho puede terminar su comunicación, sin ser, esta vez, interrumpido.

El efecto del agua ha sido instantáneo.

Gerstlow ha oído y, loco de alegría, abraza a su insustituible servidor.

— ¡Imagínese de lo que habría sido capaz — explica Toby, pasada la primera impresión — para ahorrarme las patadas que me reservaría usted en el caso de no darle esa noticia!

— ¡Ha sido únicamente para ahorrarte las patadas por lo que has hecho esto, Toby?

— No, señor; y también para contribuir a su felicidad, que es la mía — confiesa sinceramente el admirable criado sonriendo con noble orgullo.

Al día siguiente, a las diez en punto de la mañana, el triunfante Gerstlow se encuentra sentado ante el respetable señor Sixtus Braun, en el sumoso despacho de éste.

El momento es de una gran emoción y nuestro joven, pasmado de sí mismo, contempla a aquel señor obeso y poco gracioso, en cuyas regordetas manos está, al presente, el porvenir de su vida.

— Ayer le hice pasar aviso — empieza, solemne, el opulento papá de la enamorada de Hans — de que hoy le recibiría, con la idea de escucharle a usted, pero de ayer a hoy han ocurrido tantas cosas, y tan graves, que me veo en la obligación de anunciarle que el que deberá escuchar, aquí, es usted.

Gerstlow se remueve, nervioso en su asiento.

— He de comunicarle que he decidido no permitir que usted y mi hija se casen bajo ninguna condición. Me he procurado informes de usted y crea que estoy indignado de que haya osado poner su baja mirada en las cunetas puras donde vive mi hija!

— ¡Señor Braun! ¿A qué se refiere usted? ¿Me ha llamado para insultarme? ¿Necesito pruebas que justifiquen ese concepto que usted se ha formado de mí?

— ¡Pruebas? ¡Espere un momento!

Con pasmosa eufonía, el indignado fogoso señor toca un timbre.

Casi instantáneamente aparece un hombrecillo, cuya presencia estremece a nuestro galán.

Lleva la cabeza vendada por sus cuatro lados y la cara convertida en un botiquín ambulante.

— ¡He aquí las pruebas! — muestra con aplomo el señor Braun, señalando a la pseudo-montia escurrida y temerosa, que

acaba de aparecer — ¿Usted no conoce a este señor? Es mi secretario. No me niegue que le recuerda perfectamente bien. Fué el quien estuvo ayer sirviéndome a usted los pases, bajo mis órdenes. Le vi borracho en compañía de impudicos rateros y, por añadidura, le descubrí insolente y pendenciero; las pruebas están solemnemente y dolorosamente patentes en su misma cabeza. ¿Usted le pegó...!

— Por favor, señor Braun, escúcheme un momento... déjeme explicar... — le interrumpe Gerstlow, con colorada vehemencia.

— Nada tenga que escuchar! — le corta el señor Braun, expeditivo — ¡Mi decisión es irrevocable: sé que es usted un crápula irremediable y esto me es suficiente para poderle decir con razón que usted ha terminado en esta casa; y entienda bien que le prohibo en absoluto que vuelva a ver a mi hija por cualquier medio que sea! Puede usted retirarse!

Gerstlow abandona el despacho, indignado y con el alma desgarrada.

Sybil, que, ilusionada, espera el resultado de la entrevista, junto a la puerta de su dormitorio, apenas oye el precipitado taconeo, que conoce a su novio, abre la puerta.

— Gerstlow! ¿Qué?

— ¡Un desastre! ¡Tu padre se opone a nuestro enlace!

— ¡No es posible!

— ¡No es posible, pero él quiere que lo sea... mas no lo será, porque yo...!

No ha terminado todavía la frase nuestro fogoso galán, cuando el señor Braun que ha presupuesto inevitable esta furiosa entrevista de los dos amantes, hace su aparición en el vestibulo, pidiendo por la rotundas palabras del pretendiente de su hija.

— ¡Oiga, joven! — le dice — Me parece que he encontrado una solución.

— ¿Sí?

— Sí, señor. Haga el favor de pasar conmigo al salón.

Gerstlow obedece, con el fútil de una esperanza en el corazón.

— ¡Síntese usted — le invita el opulento fabricante.

Acto seguido toca una serie de timbres, y casi automáticamente, por las distintas puertas del compartimiento, aparecen los domésticos de la casa.

— ¡Toda la servidumbre está aquí? — inquiere el señor Braun.

— El señor — contesta el mayordomo.

Por un momento Gerstlow, dominada su ansiedad, puede oír el cuchicheo de dos criadas:

— ¡Pula Carolina — dice una de ellas.

— Esa no cuenta, es como si no estuviese en la casa — desprecia la otra.

Oída la respuesta del mayordomo, el señor Braun prosigue, señalando a Gerstlow:

—Fíjense bien en este hombre. ¡Agué! que de molestias le deje entrar en mi casa, será despedido inmediatamente!

Al escuchar esto Gerstlow, indignado, inchope duramente al señor Braun y levantándose se dirige hacia la puerta para abandonar la casa. Antes de transponer la puerta del salón, se vuelve y dice con invencible asco:

—Usted no impedirá lo que Dios quiere que sea! ¡Sepa, señor Braun, que todavía ha de nacer el padre que pueda prohibir a su hija el que se case con el hombre que ama!

Cuando Gerstlow llega a la calle, Toby, su insustituible criado, que le espera al pie del coche, le abre la puerta de éste, sonriendo.

—¡La felicito, señor, por sus próximos esponsales!

—¡Cállate, idiota! ¿No sabes que me han echado a puntapiés? Oye, Toby tengo entendido que hay una tal Catalina que forma parte del servicio de la casa, quien no ha estado presente en la asamblea de criadas y, por tanto, no podrá como ellas. Ve y tráela, con reserva, de enterarte donde se encuentra.

Toby penetra en el jardín y llama a grandes voces:

—¡Catalinaaaa...

[Tal reserva es digna del infame Toby!]

Casi instantáneamente, en lo bajo de una escalera que conduce a la bodega una voz contesta:

—¡Ya vaaaaa...

Toby baja la vista y queda pasmado al verse en presencia de una muchacha desahogada, desgarbada y sucia, que está fregando el suelo.

Es Catalina.

En cuatro saltos vuelve donde está Gerstlow.

—¡Señor, no sabe lo que busca, es una puerdita!

—Me es igual, Toby. Pronto, quítale el uniforme, que voy a vestirme yo.

En un santiamén, Gerstlow se transforma en un elegante chófer, dirigiéndose a la escalera que su criado acaba de descubrir.

La desagradable sorpresa que experimenta al verse en presencia de Catalina no es para ser descrita.

La intención del joven es la de fingir que se enamora de ella para lograr la libertad de entrar en la casa siempre que le convenga.

Pero, ¿cómo fingir un idilio con aquel estropejo?

Por un instante Hans contempla en silencio a Catalina.

Ella no tendrá más allá de dieciocho años. Es una humilde muchacha pueblerina, venida a la ciudad para descargar a sus padres del peso de miseria de un hogar demasiado feraz. Sin instrucción, sin educación, confiada a la pureza angelical de su rudimentario sentido social, no ha podido llegar a más que a la humildadísima y despreciada condición de fregona.

Como su ambición no excede a la de ganarse el mísero sustento personal y lograr un jergón casi pródigo en el amorcito

más triste de la casa, no ha cambiado su indumentaria indecorosa viviendo en un descuido absoluto de su juventud, que se nos antoja entre adorable por su humildad y ridículo por lo insoportable.

Peina una melena sedosa partida en medio con una raya que no es tal, sino un verueto constante, anudada en dos trenzas anémicas de construcción y forma, pero divinas de ingenuidad. Su tez es fresquísimamente blanca transparente quizá debido a la influencia de sus grandes ojos de arabeche, que miran con una gaza de ensueño primaveral.

En la sarta de perlas de sus dientecitos puros, en el óvalo perfecto de su rostro, hay tanta delicadeza latente, tan encantadora y virgen candidez, que uno llega a pensar que su indumentaria es una ficción y la personita una hada.

Sin embargo esta aglutinación minuciosa que nos es posible a nosotros con perfecta serenidad, no lo es desde el plano de pasión de Gerstlow, y éste comienza a hablar a Catalina bajo el influjo de la impresión repulsiva de que, como hace un momento expresó Toby, con sus trenzas y sus zuecos, aquella muchacha es una puerdita integral.

—¡Catalina! — llama.

La joven fregona levanta la cabeza.

—¡Catalina, quisiera hablarle!

—¿Usted a mí? — inquiere la joven, no creyendo lo que oye de tan guapo galán, al tiempo que vuelve la cabeza hacia atrás para cerciorarse de que, evidentemente, a sus espaldas no hay persona a la que el apuesto joven pudiera referirse.

—Sí a ti; oye, me gustas. Si consientes, el próximo domingo saldremos contigo. ¿Quieres? Te esperaré en el parque de atracciones. No faltes; a las cuatro en punto. ¡Adiós, Catalina, hasta el domingo!

Catalina queda un instante boquiabierta. ¿No sueña? ¡Ella Catalina, la fregona, la última de la casa y posiblemente del mundo, soliciada por un mozo guapo, gallardo, casi un señor! ¡Ella, a la que ni el más loco patán del arroyo se había dignado hasta ahora echarle una fiera!

Diez y ocho años de Catalina, sin una mirada amorosa, como en los cuentos de hadas, un enamorado caballero surgido, sin saber de dónde, se arrodilla a sus pies y pronuncia su nombre con embelleza.

Los ángeles pasan y repasan ante su mirada extática, y punta las manos con una ilusión y una esperanza tan puras y hondas, que el cielo queda deslumbrado.

Mientras tanto, en el interior de la casa, el señor Braun coge con asco el ramo de flores que Gerstlow trajera como presente a su novia y lo echa por la ventana.

Esa ventana da al patio y las flores caen ¡oh divina coincidencia! a los minúsculos pies de Catalina, que permanece todavía hipnotizada, cara a la cancela, por donde acaba de desaparecer Gerstlow.

La humilde fregona las recoge y mira hacia el cielo. En este momento un avión cruza el espacio.

—¡Oh, es él que me las envía! — murmura, estrechando las flores contra su corazón en la convicción de que su galán es aviador y tripula aquel aparato.

Y por la noche durante la cena, en el comedor de la servidumbre, dos criadas que se disputan el acostumbrado derecho a usurpar a Catalina el paseo del próximo domingo, al preguntarle a la fregona, que come sola, fuera de la casa, arrinconada como un repulsivo antraxo:

—¿Quién tiene que salir el domingo próximo, ésta o yo?

Aquella contesta, en medio de la más honda sorpresa general.

—¡Yo!

Sí, saldrá ella por primera vez desde que está en la casa, porque, como las demás sirvientas, ya tiene un novio que la espera.

El próximo domingo la primera en llegar al parque de atracciones es Catalina.

Quedamos maravillados. Ya no es la palurda que Toby descubrió.

Se ha peinado bien, se ha lavado mucho y se ha cubierto su esbeto cuerpecillo con una llamante indumentaria de típica campesina.

Es todavía una figura exótica, y casi ridícula en medio de las demás mujeres que la rodean, embellecidas con sedas sutiles y cortes modernos, pero la fascinación de sus grandes ojos y la luminosidad de sus facciones han salido a lucir en un marco de primoroso aseo e infantil delicadeza tal, que Catalina produce un efecto deslumbrador realizado por la sublime e indescriptible pureza de su ingenuidad.

Es un ángel.

Gersilow no ha llegado aún y nuestra bella, ya podemos denominarla así, mira y remira con el ansia de estas niñas en las que gravita siempre un punto de duda e incertidumbre.

De pronto se le acerca un hombre alto como una torre. Se trata de un hombre atlético, sujeto maduro, recio y ordinario, quien tiene la mala ocurrencia de tratar de hacer de Catalina su compañera de una tarde.

—¿Busca a alguien? — le pregunta con ridículas arrogancias.

—Sí... — replica la jovencita en el titubeo de quien no está habituado a esos lances.

—Entonces, ¿por qué no viene? Se divertirá mucho conmigo.

—Váyase ya; tengo compromisos — opone secamente Catalina, escudriñándose como puede del pegajoso importuno.

En ese momento, Gersilow llega al parque en su coche. Viste

de chófer, e inversamente, el sufrido Toby luce traja de gran señor.

Hán trocado los papeles para el buen fin que persigue el enamorado Hans.

Lo que no puede éste tratar con la debida propiedad, apesar de las lecciones que Toby le imprime al aire libre, es el clásico estilo de los del oficio en encender la cerilla paseándola con gesto rápido y desentendado por la trasera parte de su persona.

—Ya lo sabes, Toby, hazte el señor y no te acerques más por estos alrededores.

Y dándole una salomne patada, entre familiar y agresiva, Gersilow entra en el parque.

Catalina le ve al momento y le sigue, tímida, sin osar llamarle.

Hans, como viese en un rincón, amuchada de espaldas a él a una maritornes desmelenada y sucia la crea su citada palurda y decidido se dirige a su encuentro.

—Estoy aquí! — suena una voz enocida a sus espaldas.

Gersilow se vuelve y al ver a Catalina, no puede reprimir un gesto de honda estupor.

—¿Eres realmente Catalina?

—Sí, yo soy. ¿Hace mucho tiempo que estoy aquí esperando?

—Has hecho bien en llamarme, no te habrás reconocido — comenta sinceramente el joven volviéndose todavía un instante para lanzar una mirada duquesa a la príncesa mujer, que por un momento tomó por Catalina. — ¡Te has puesto muy hermosa!

—¡Claro! como había de verme a usted!

—¡Ah, bien! — musita confusa Gersilow. — Vamos a divertirnos. ¿Qué prefieres, los columpios, los caballos...?

—¡Los caballos! — confiesa Catalina mirando a Gersilow con infinita dulzura y sonriéndole con angelical ilusión.

Y añade:

—¿Cómo se llama?

—Hans — declara nuestro joven, sin sonreír.

En el espíritu de Gersilow nace una acongojante inquietud. Tiene la vaga sensación de que esta farsa que inicia con tan pura cristura es villana e indigna de él.

Además, ¿qué cosa se ha removido en su corazón? Catalina ya no es la repulsiva y grotesca fregona, sino un ángel de belleza y de candor, que tiene sobre los encantos naturales de la más fascinadora mujer un alma sublime.

Por primera vez en su vida, Hans pasa una tarde de solaz popular, sólo turbada por las importunidades del portinaz bombazo, que dan lugar a que Gersilow, a instancias de Catalina, haya de probar su fuerza en la campaña volante y a que aquél demuestre con un mazazo brutal que rompe el yunque, la superintendencia invencible de sus músculos.

Mientras Hans contempla con verdadera delicia a Catalina cabalgar en la grupa de fogoso corcel viviente, el intruso bombazo provoca una disputa para permitirle el lujo de dejar a Hans en ridícula situación ante Catalina.

La joven lo ha advertido a tiempo y aunde, evitando una rina peligrosa, logrando que el ridiculizado sea el patán.

Anochece y un chaparrón viene en ayuda de Catalina, que le ha echado mucho terror al hombre.

—¡Vámonos ya, Hans! — ruega con las faldas puestas ingenuamente sobre la cabeza para preservarse de la lluvia.

—Sí, pero es el caso que no tengo con qué pagar el tranvía — se lamenta el galán.

—¡Te lo he dicho: has gastado demasiado, Hans!

—No importa, Catalina. Irémos en el coche de mi señor.

—¡Oh, no, esto no está bien, Hans!

—Es que se lo he pedido expresamente para venir a verte. Vámonos.

Momentos después, en el banquete, al lado de Hans, Catalina vive las primeras ilusiones supremas de su vida.

Hans, su novio, —¡qué qué no creerlo ya así! — está a su lado y la mira con ojos que a ella le parecen fascinados.

El coche se desliza lentamente.

—¿Te gusta ir conmigo, Catalina?

—¡Sí, mucho! ¡Usted me gusta mucho!

—¿Por qué me tratas de usted? Yo ya te tuteo. ¡Anda, dame un beso y tuteáme!

Y sin más preámbulos ni otra pasión, Hans pone un beso en los labios de Catalina.

Ella se estruñeca en la entraña de su ser y entorna los ojos, pudiendo dominar a duras penas el vértigo de felicidad en que oscila su linda cabecita.

En su corazón florece el amor como en un roseal las más perfumadas corolas.

Hans, impaciente por ver a Sybill, no quiere pasar de esta noche y prepara el término.

—¡Tengo un hambre strö! — dice.

—¿Hambre? ¡Pobre Hans! Vámonos a casa; entrarás en mi habitación y te daré cuanto quieras!

Con mucho gusto, Catalina — acepta el galán, felicitándose por su primer triunfo.

Al fin logrará entrar en casa de su novia, pese al muy hábil y precavido señor Braun.

Un minuto de hora después, Catalina, conduciéndole sigilosamente a través de los compartimientos destinados al servicio, le introduce en su habitación.

—Espere aquí, Hans; no se mueva ni haga ruido.

—Oye Catalina, y las habitaciones de los señores, ¿dónde están? — pregunta Gersilow, impaciente.

—Mira, al otro lado de la casa. Yo nunca las he visto. Las personas del servicio no deben moverse de aquí. ¡Anda, estate quieto que vuelvo en seguida!

Apenas Catalina desaparece en el primer ángulo del corredor, Hans sale de la habitación, dirigiéndose a los compartimientos

ocupados por el señor Braun y su codiciada hija, no tardando en dar con la puerta del dormitorio de ésta.

Con la consiguiente emoción, el joven entra sin llamar.

—¡Sybill, amor! — llama el enamorado y audaz joven.

La joven se incorpora, sobresaltada, y al ver que quien se ha atrevido a entrar sin pedir venia es el propio Hans en persona, apenas puede ahogar una exclamación de estupefacta alegría.

—¡Gersilow, tú! ¿Cómo has logrado entrar?

—¡Sybill, te amo! No me pidas explicaciones, el tiempo apremia!

¡He venido para proponerte que nos fuguemos! ¡No puedo vivir ya más tiempo sin ti: será la única manera de conseguir ablandar a tu padre!

¡Oh, no Gersilow, te amo mucho, pero esto no, no puede ser. Vere querido, que mi padre no se entere de que has entrado aquí. ¡Sería terrible...!

Y con amorosas protestas la recatada joven logra que el fogoso galán salga de su dormitorio sin llevarse su conformidad para el descabellado propósito.

Desperchado Hans no quiere pasar por delante del dormitorio del señor Braun sin dejarle la impresión de una burlasca ríenica.

Al efecto, entra sigilosamente en la habitación y colorea junto al retrato de Sybill, que el amante padre tiene encima de la mesita de noche, el suyo propio. El señor Braun está en la cama, y en el sopor del entresueño cree que quien entra es su hija que viene a darle las buenas noches y llena sus labios emitiendo el chasquido peculiar del beso nocturno de despedida.

Efectuada esta ironía indispensable a su furia para aplacarse, mustio y cabizbajo, Gersilow vuelve a la habitación de Catalina en el instante en que ésta llega, sonriente, con una fuente llena de comida.

—¡Catalina, debo irme en seguida! — dice Gersilow, con mal humor.

—¡Hans! ¿Ahora — se dice la joven con suplicante y decepcionada mirada.

En este momento nuestro joven ve en un búcaro el ramo de flores que Catalina recogiera en el jardín. Al reconocer que son las que él trajera el día de la petición de mano de Sybill, pregunta estupefacto.

—¿De dónde has sacado estas flores?

—Me las envió el cielo. Hans — contesta Catalina acrecentándose, apasionada, al pecho del joven. Y añade, con dulzura del alma que no se podría describir — ¡Hans, y también a ti te ha enviado el cielo!

La enamorada muchacha ha acrecentado sus puras labras a las de Hans, solicitando el segundo beso de amor, que para ella sabría esta vez a primero, pero el joven, batido por mil dudas contrapuestas, abandona la humilde habitación, casi bruscamente, sin satisfacerla y dejándola en un desencanto torturador.

Al día siguiente, mientras Catalina, madrugadora, vuelve a ser la última freidora de las trenzas divinas de ingenuidad y la vemos limpiando los zapatos de sus señores, cantando la algarín de su enamorado corazón, el señor Braun recibe en su dormitorio la visita cotidiana de su ayuda de cámara que viene a despertarle.

Apenas se incorpora, el primer objeto con que topan sus ojos es el retrato de Gerstlow junto al de su hija.

Decir cómo salta de la cama y brama su indignación es describir la tempestad.

— ¡Este bruto ha tenido la audacia de llegar hasta aquí! ¡Es intolerable, infamante!

Hecho un basilisco se dirige a las habitaciones de su hija.

— ¡Mira! — exclama echando el retrato encima de la mesa —

No he conocido en mi vida criminal mayor este retrato estaba junto al tuyo al pie de mi cama! Ese hombre ha entrado en la casa esta última noche y tú lo sabías!

— ¡Yo no sabía nada, papá!

Es inútil que lo escudaste! Pero voy a echar de raíz las temeridades de ese libertino! Prepara tus maletas, que mañana marcharemos a París!

Mientras el señor Braun, vasoplando indignación y coraje se dirige a interrogar a la servidumbre, Sybille escribe una carta a Gerstlow.

Cuando todo el personal del servicio está presente el señor Braun les asegura que tiene las pruebas irrefutables de que durante la última noche el sujeto que les presentó días pasados ha entrado en la casa.

— Nadie le ha franqueado el paso, señor! — protestan los criados.

Simultáneamente a esta escena vemos a Catalina, sola en la cocina preterida, olvidada como un antrax, ella precisamente uno de una manera tan increíble es la piedra angular de la farsa, cantando y pregando, con el pensamiento puesto en su Hans.

En este momento Sybille, terminada la carta, toca el timbre llamando a su camarera.

Catalina, que sabe a la servidumbre ausente de sus puestos por orden del señorito, cree que es su deber acudir a la llamada, y por primera vez desde que está al servicio de la casa se atreve a traspasar el corredor que separa la parte del correspondiente a los empleados de la que ocupan los señores y descalzándose, los sanos zancos entra en la habitación de Sybille.

Al ver a tan desahogada criatura, a la que no conocía todavía, exclama:

— ¿Quién es usted?

— Catalina, señorita!

— ¿Dónde está mi camarera?

— La ha llamado el señorito, señorita; lo mismo que a los demás. Estaba sola en la cocina y al oír el timbre no he querido que usted tardase que esperar.

— Bien, Catalina. ¿Sabe usted leer?

La ingenua freidora titubea un momento, se refuerza los dedos con vacilante nerviosidad, pudiendo, al fin, articular con muy poca seguridad.

— Sí, señorita...

— Pues, entonces — le dice Sybille entregándole la carta — lleve de mi parte esta carta al señor Gerstlow, cuya dirección va escrita en el sobre.

Catalina pasea los diminutos dedos, ensombrecidos por el timbre, a lo largo de la cubierta en una vacilación acongojada. Mira, ve unos garabatos escritos en completo chino para ella...

— ¡Pobre Catalina, no sabe leer!

— Entonces — se atreve a murmurar — ¿la dirección... está aquí, escritas?

— Sí, vea: calle Buenavista, 47.

— Ah, Buenavista, 47... está muy bien, señorita...! ¡Buenavista, 47, Buenavista, 47...!

Y Catalina sale de la habitación, con infinita alegría, repitiendo en voz alta con esa cantinela infantil que se defiende contra la memoria fugaz: «Buenavista, 47...»

Cuando llega frente al domicilio de Gerstlow Toby, el fiel criado, que se encuentra casualmente mirando hacia la calle a través de la ventana, la ve en el preciso instante en que la muchacha pregunta al portero, con la humildad divina que la caracteriza, por la escalera del servicio.

— ¡Señor, señor! — exclama, llamando a Gerstlow — ¡La Palurda está ahí abajo!

— ¡La Palurda, dices? — pregunta Hans, preempitándose a la ventana, estupefacto.

— ¡Vendo, señor!

— ¡Pues es verdad! ¿Qué andará buscando por ahí?

— Seguro que le busca a usted, señor. Parece que se dispone a subir. ¿Qué hacemos?

— ¡Pronto, dame tu traje de chófer!

Ignorante de la sorpresa que le espera, Catalina ha llegado ya ante la puerta del paso de Hans.

Antes de llamar ensaya dos veces, con infantil ingenuidad la presentación que ha venido repitiendo a lo largo del camino con tautológica servicialidad:

— ¡Diga esta carta, que me ha entregado mi señorita para el señorito de mi señorita...

Cuando está segura de que ha de salirle bien, llama a la puerta.

Casi automáticamente ésta se abre apareciendo, (nada menos para ella) que el mismísimo Hans enfundado en su flamante traje de chófer.

—Hans! ¡Oh! ¡Tó! — exclama la enamorada joven abriendo desmesuradamente la boca y mirando a su amado, insalablemente.

—¡Catalina! ¿Dónde vas? ¡Entra!

—¿Qué haces aquí, Hans?

—Pues ya vas, trabajar.

—¿Qué casualidad! Toma, traigo una carta de mi señorita para tu señora.

Hans toma el pliego con impaciencia, haciendo acción, en un olvido comprensible, del papel que representa, de abrir la carta.

—¿Qué vas a hacer? ¡Las crías no deben abrir las cartas de sus señoras!

—La verdad — murmura Gerstlow, mordiendo los labios y deseando que Catalina se marche cuanto antes para entorpecer de lo que su amada le dice en la carta.

Pero Catalina, sentada al lado de su llana, piensa en todo menos en marcharse.

—¿Bols mucho personal en la casa?

—Nadie más que yo.

—¿Solo? ¡Ah, pobre Hans! ¿Cuanto debes tener que trabajar!

—No lo creas. ¡Procura tomarme con calma!

—Ya se ve! — reprocha Catalina, pasando el índice por encima de la mesa y mostrándose a su amado cubierto de polvo.

—Antes de marcharte tomarás un poco de café — invita Hans preparando unas preciosas tazas de antiquísima porcelana.

—¡Oh, no con estas tazas de los señores, no! ¡Tan nuevas! ¡Esto no está bien!

—No son nuevas, Catalina, tienen más de cien años!

En este momento, Catalina ve el retrato de Sybill encima de una mesa.

¡Mi señorita...! ¡Tu señor dome quería mucho! — comenta con ternura.

—¡Sí, la quiere con toda su alma! — replica Gerstlow como en un ensueño — ¡Está loco por ella!

Catalina, como atraída por un poder hipnótico, se ha acercado a Hans.

Eso ausente de la ficción, puesto el pensamiento en su adorada Sybill prosigue, en un murmullo de honda adoración:

—¡Se lo que es querer a alguien... sufrir torturas indescribibles del corazón, pasar el día vagando como un perdido con el pensamiento fijo en el ser amado; estar esperando durante la eternidad de veinticuatro horas el instante supremo de verla y no poderlo hacer... sufrir, pasar las noches insomnes, pensando siempre en ella, suspirando siempre por ella...!

Catalina supone que Hans se refiere a la pasión que le profesa a ella misma y extasiada ha acercado sus labios a los del fogoso enamorado, buscando un beso, que aquél, en su recta dignidad y respetuosidad, le niega.

La pobre muchacha, que siente irresistibles deseos de ser besada y acariciada por los brazos de aquel hombre que ama con toda la fuerza de su corazón, experimenta una honda desilusión torturadora.

En este momento llaman a la puerta.

Hans escucha a Catalina y va a abrir, encontrándose con su amigo Eduardo, que llega borracho.

—¡Eduardo, por favor, vete hoy! ¡Estoy muy ocupado! — le ruega Hans.

—¿Muy ocupado? Oye, di, ¿es muy guapo? — inquirió el malavento, acosillado a leer en el tono de las excusas de su amigo cuando infaliblemente ocultan alguna galante aventura.

—No, Eduardo no es lo que supones; por esta vez obedéceme; te suplico que te vayas!

A pesar de las reiteradas protestas de Hans, Eduardo logra entrar y Catalina sale de su escondite, sorprendiendo a los dos amigos en el copiado diálogo. Entendiéndolo por una reprensión del escribiente que llega, contra su novio, se muere los labios, angustiada.

Hans, rápido, se cuadra con la idea de fingir que Eduardo, efectivamente, es su señor.

—¡Ah, ah! — exclama Eduardo, en el tartamudeo de la embriaguez.

—¡Señor! — implora Catalina, trémula — ¡No le despidas, por favor! ¡Me había aquí porque he debido traer una carta de mi señorita para usted, y como Hans es mi novio...!

—¿Qué? — estalla Eduardo entendiendo la farsa de su amigo y fingiendo voz enojada de autoridad — ¡Claro que lo echaré! ¡No faltaba más!

Y avanzando hacia Catalina, que supone carne de lodazal, se permite algunas libertades que la linda fregonera esquiva con repugnancia y temor, al tiempo que se dirige hacia la puerta.

—¡Hans! — exclama, dolida — ¡No temas... yo haré que puedas trabajar tú verás! ¡Te buscaré un trabajo mucho mejor que este! ¡Adiós Hans!

Y Catalina desaparece escaleras abajo, mientras Hans reprocha, indignado, a su amigo su irrespetuoso proceder.

...

Al día siguiente, Catalina aprovecha la primera oportunidad que se le presenta para hacer una escapatoria y dirigirse a casa de un vendedor de autos usados.

Quiere comprar un automóvil muy grande a su amigo Hans para que éste pueda trabajar por su cuenta.

—Buenos días, señor. Quiero comprar un automóvil.

—Vea este: se trata de una buena máquina capaz para todas las carreras — le muestra el vendedor, sujeto de poco escrupulos y acostumbrado a tratar con estancieros y profanos.

El auto está bien, elegante, espléndidamente conservado.

Tiene seis cilindros y podrá usted correr cuanto quiera — prosigue el vendedor.

—¿Cuanto vale?

—Novecientas cincuenta.

—Es demasiado caro.

Bien; he aquí otro más barato — muestra el vendedor conduciéndola, con un apuro perfectamente cínico, a un ángulo de la sala de exposición, en la que aparece un auto espantosamente ridículo, probablemente uno de los primeros ejemplares que se produjeron en el siglo de la invención del automóvil.

—¿Esto es, también, un automóvil?

—Sí, no precisamente de lo mejorito, pero capaz aun de llevar a cabo algunas proezas.

—Y ¿cuántos cilindros?

—Cuatro.

—¿Ya es bastante...? Y ¿cuánto?

—Seiscientos.

—¿Con ese dinero podría comprarse una vaca?

—Sí, pero figurese el efecto que produciría paseándose por esas calles con ese animal. ¡En cambio... con este coche...!

—¿Ya, ya! ¿Y la cochera? — inquiere Catalina, sentándose en el buque y probando, entusiasmada, la confortabilidad del asiento.

—¿Elija usted misma — concede el vendedor, mostrándole diferentes modelos.

—¿Si no fuese tan caro! — se duele la linda fregona, después que ha escogido buchina.

—Vamos a ver ¿De cuánto dispone?

—De cuatrocientas sesenta y cinco.

Trato hecho: Venga a firmar el contrato.

Ya en el despacho, Catalina quiere telefonar a Hans.

—¿E número? — inquiere el vendedor.

Señor Gerstlow, Paseo del Valle Nuevo — explica, ingenuamente, Catalina.

El vendedor indulgente y comprensible — a pesar de todo, le busca el número, y Catalina, después de efectuar tres o cuatro divertidos intentos para colocarse el auricular en la debida forma, logra comunicarse con Hans.

Hans, Hans! — llama a gritos desgarrados.

—No grite tanto! — la instruye el vendedor.

—¿Por qué no? ¡Si está tan lejos! — arguye, inocentemente, Catalina.

Saltemos a casa de Gerstlow.

Se encuentran en ella, en este momento, además de nuestro joven y su criado, el divertido Eduardo.



Catalina aparece en el salón con su fuente de plata llena de copas y licores.



Con el peso abrumador de su tragedia se ha sentado sobre su maleta.

Toby acude a la llamada del teléfono y apenas oye el nombre de la locutora, exclama:

— ¡Señor, es la Palurca que le llama al teléfono!

Hans toma el auricular.

— ¡Hans, Hans!

— ¿Eres Catalina?

— ¡Oye, Hans, te tengo preparada una gran sorpresa; el próximo domingo a las cuatro de la tarde estaré con ella frente a tu casa! ¡Te esperaré allí, no faltes!

— No fallaré. ¡Adiós, Catalina!

Cerstlow cuelga el aparato con alma dolorosamente reflexiva.

Pero, ¿quieres explicarme cuáles son tus propósitos respecto a esa muchacha? — le pregunta Eduardo.

— ¿Mis propósitos? Bien los conoces, Eduardo; no puedo vivir sin Sybil. Catalina es la única persona que puede franguearme la puerta de su casa.

— ¿No te ha dicho claro Sybil, en carta reciente, que se marchaba a París con su encantador papá? ¿Con qué razón alimentas tan fieras ilusiones en el corazón de esa desgraciada maritornes?

— Es verdad, mucha verdad, Eduardo! — se reprocha Hans con todo el dolor de sus elevados sentimientos, cargados de dudas insolubles — ¡Soy un insensato, estoy cometiendo una barbaridad impropia de mí! Voy a terminar eso!

Acto seguido escribe la siguiente carta a Catalina:

«Catalina: Yo no soy un chéfer como he venido fingiendo, sino un señorito, según tu expresión. No ha sido con la intención de manchar la pureza de tu cuerpo y de tu alma por lo que te he hecho víctima de ese engaño. No podemos vernos más. Perdóname, Adiós. — Hans».

Por su parte, Catalina, con el alma henchida de orgullo por haber logrado solucionar la vida de su amado Hans, apenas llegada a casa se encierra en su habitación y sacando de debajo de su jergón una media provisión, abigarrada como una salamandra, llena de monedas, la vacía encima de la cama.

Son sus míseros ahorros acumulados a fuerza del sacrificio de su juventud, y los cuales ha decidido destinar, con magnánima generosidad, al pago del cachivache infernal, que le han vendido a título de automóvil.

Cuando más enfrascada se encuentra contando sus monedas, entra Bertha, la mayordoma, con su mal humor habitual, trayéndole una carta.

Catalina se imagina al instante que es de Hans.

¡Qué dolor para su alma! ¡No sabe leer!

¿Qué cosas divinas, qué poemas de amor le cantará su amado en aquel breve papel?

Catalina abre el sobre... contempla, arrobada, la carta.

¡Si supiese leer, cuánta desesperación para su alma! —

rada! Pero Dios ha querido que no sepa, y Catalina se duerme sonando con el cielo y apretando la carta contra su corazón.

Y llega el próximo domingo.

Catalina, ignorando todavía, por supuesto, del contenido de la carta, a las cuatro menos cuarto ya está frente a la casa de Gersilow con su cacharro antiquísimo, que un siglo atrás pudo llamarse, seguramente con perfecta propiedad, automóvil.

Decir el revuelo que se arma entre los transeúntes al ver aquella muchacha en arcos de campesina, que provista de un estropajo limpio con un pelo sin igual aquella máquina farséica, no es para describir. No ha de transcurrir mucho rato, para que se via rodeada de un público numeroso, que celebra con señoras e interrumpidas carcajadas el inaudito espectáculo.

Y locan las cinco, sin que Hans se persalte en el lugar de la cita.

Catalina, con el alma desgarada, se decide a llamar a la puerta de su piso.

Toby sale a abrirle.

—¿No vive ya aquí Hans? — inquiere Catalina al ver aquel rostro desconocido vistiendo el uniforme de su amigo.

—No, señora, se marchó hace unos días — explica Toby, embarazadamente.

En este momento, Hans, que desde el interior ha reconocido la voz de Catalina, se precipita a la puerta que comunica con el vestíbulo y entrecruciéndola, procurando no ser visto, escucha el emocionante diálogo.

—Es que le he comprado un auto — explica la enamorada fregada con destilación emocional — y queda con Hans en que a las cuatro vendrá, para entregárselo.

—¿Y a rodar ya venga — consuela Toby, abrumado.

—Sí, quiza aun venga — repite inquisitivamente Catalina, volviendo, con el alma destrozada, al lado de su extravagante vehículo.

Apenas el criado ha cerrado la puerta, Hans le increpa con agudo dolor.

—¿Es que no le entregaste la carta?

—El señor, es decir, la puse en manos de la encargada del personal con el encargo de que se la trasladara.

Hans se precipita a la ventana.

El espectáculo que se presenta ante sus ojos domina sobre sus sentimientos como un látigo mortal.

Rodeada todavía de numeroso público, se ve a Catalina encrucada en el interior del antiquísimo vehículo, avergonzada, incapaz de dar un solo paso ni de intentar una determinación; tan hondo es su dolor por la incomparación de su amado, e inabordable el cerco despiadado de los que la besan con las más mordaces chachotas.

—¡Toby, dame tu uniforme! — pide Hans.

Y como siempre, vestido de chófer, Hans, aunque un poco tarde, acude a la cita. Abre la portezuela del coche...

—¡Catalina! ¿qué haces aquí?

—¡Hans, Hans mío! ¡Te he comprado este auto! — exclama la linda fregona incorporándose con una luminosidad en sus ojos imposible de describir.

Ante tanta generosidad, el joven aristócrata, por primera vez en su vida, tiene la sensación de ser querido con un incommensurable amor.

Sin decir más, desafiando las burlas del público, se coloca en el baquet y al lado de Catalina pone en marcha aquella extraña balumba, que anda como la efíera malvada de un romance popular, tomando rumbo a las afueras de la ciudad.

—¿Te parece malo, Hans? — pregunta, tímida y feliz, Catalina.

—No; los hay peores!

—¿No corre mucho, verdad?

—¡Pues! ¡No está mal!

Mientras el diligente Gersilow pronuncia estas palabras, un muchacho montado en bicicleta en marcha de paseo y que le pasa sin el menor escrúpulo, los obsequia con un saludo entre trónico y cordial.

Al poco rato y después de haber sembrado la calzada de las diversas piezas de que se compone el coche, que estaban seguramente pegadas así como, el motor se incendia y nuestra pareja se ve obligada a apearse, semiandose bajo la fronda de los árboles.

—¡Qué lástima! — se duele Catalina. — ¡Te has quedado sin auto! No pude reunir más dinero. Ha tenido que ser muy sensible. Lo principal es que puedas seguir trabajando y no te separe de mí.

Catalina reclina su linda cabecita enamorada en el pecho de Hans.

Esto le estremese, ¿es que ama a Catalina?

Sí, Hans la ama, no sabría explicar por qué. Tan puro sentimiento, tan candorosa y soladora ilusión le han abrasado, y el amor de Sybil, al compararse con el de Catalina, ya no se le antoja más que una fiera de poca vanidad.

—Oye, Catalina, ¿no recibiste una carta mía? — le pregunta con dulzura.

—¡Sí, Hans, la recibí! — replica, feliz, Catalina, sacándola de su pecho.

—¿Y bien — inquiere Hans, estupefacto.

—¡Que desde aquel día no la aparto ni un momento de mi corazón!

Estas palabras son pronunciadas con tal amor, que Hans comprende al instante que Catalina no sabe leer, e incapaz de derrumbarlo brutalemente su preciosa torte macarona de ilusiones, desdobra la carta y fingiendo leerla le susurra este impro-

visado poema de amor: «Catalina. La impaciencia me devora y siento que no podría esperar hasta el domingo para decirte que te amo, que mi pensamiento no se separa un instante de ti y que ya mis labios no podrían limitarse en adelante a hablarle el lenguaje de las palabras; después de repetirle que te adoro no oírás más que el chasquido de mis besos rondándote los labios de arrebol.—Hans»

...

De vuelta a su casa, Hans se halla con la inesperada visita del muy respetable señor Sixtus Braun.

—¡He venido a cumplir un oneroso deber! — resopla el celoso guardador de la virtud de su hija. — ¡Desde que fuimos a París mi hija ha perdido siete kilos, se pasa las noches en vela y me asegura que se matará! No quiero caer en delito de homicidio; en nombre de ella y por ella concedo que pueden ustedes casarse cuando quieran. El próximo domingo vaya usted a mi casa, que anunciaremos oficialmente las esponsales. ¡Ah, pero quiero hacerle constar que todo esto es contra mi voluntad y que algo considerándole a usted un perfecto calavera y un hombre de relajada moral!

Antes de traspasar la puerta, el señor Braun, dando una mirada de inextinguible rencor a Gerstlow, exclama:

— ¡No puedo resistirle, le encuentro antipático, detestable, ridículo...!

Apenas llegado a casa, el señor Braun llama a su secretario para dictarle la invitación que se ha de enviar a las numerosas amistades que honran la casa.

— ¡Señor Braun! — dice el secretario al que vemos curado de las conusiones, histéricas para Gerstlow, apenas oye que el novio es éste. — ¡Es que va a celebrarse de veras este matrimonio! ¡Yo vi al señor Gerstlow besar a Catalina!

— ¡A Catalina? — inquirió el señor Braun, abriendo desmesuradamente las ojos. — ¡Y quién es Catalina?

— ¡La tregona de la casa, señor Braun! ¡Gerstlow vestía traje de chófer, fue en la carretera, bajo los árboles!

El opulento fabricante se da una palmada en la frente. Recuerda que cuando visitó a Hans este vestía, en efecto, uniforme de chófer. Al fin ha encontrado la manera de hacer desistir a su hija de tan repugnante matrimonio.

— ¡Es usted una prenda de inapreciable valor! — exclama, felicitando a su secretario con entusiasmo. Y añade: — ¡Cuanto gana usted?

— ¡Quinientas pesetas, señor — replica el secretario, esperando.

— ¡Quinientas? pues... pues... ¡ya es bastante! — termina, con cinismo, el señor Braun.

Acto seguido baja a la cocina y llamando a Catalina se la lleva a su despacho.

La tímida muchacha se ha quitado los zapatos para no herir el suelo bruñido con su sucia suela y los guarda apretados contra su pecho, atarmentada por vagos temores.

— ¿Con que usted es Catalina?

— ¡Sí, señor.

— ¡Bien. ¿Cómo no tiene otros zapatos más en consonancia con su lindo pie?

— No puedo comprarlos, señor.

— ¡Es lástima! Yo haré que pueda. Usted tiene un espléndido tipo y es merecedora de mucho más. Y diga, ¿no conoce usted, por casualidad, a un tal Gerstlow?

— Su chófer es mi novio, señor. Vive en el Paseo del Valle Nuevo.

— ¡Ah! con que su chófer ¡eh...! ¡Bien!... Realmente es usted muy mona, Catalina. Podría usted aspirar a ser una camarera, admitirle — insinúa el señor Braun, maquiavélicamente tortuoso y preparando su plan.

— ¡Oh, señor, yo no sabría hacer otra cosa que lo que hago!

— ¡Por qué no? Verá, yo estoy dispuesto a ayudarla. El próximo domingo daremos una fiesta y usted debutará.

En este momento, Sybill entra en la habitación, cargada con las preciosas ropas que estrenará el día solemne de los esponsales.

— ¿Cómo? ¿usted aquí? — exclama sorprendida de ver a Catalina.

— ¡Sí, hija mía, yo la he llamado. Es una buena muchacha, que quiero elevar al rango de camarera. El próximo domingo debutará.

Y llega el día de la fiesta.

Catalina ha sido agraciada con el título de camarera y la vemos en la cocina vistiendo su nuevo uniforme, que nos la presenta en todo el esplendor de su gracia.

El mayordomo le da las últimas instrucciones para la presentación de los licores a los invitados.

— ¡Conac, Chartreuse, Whisky? — le recita el mayordomo.

La linda y novata camarera toma la fuente llena de copas y botellas, y ensaya con timidez.

— ¿Conac, Chartreuse, Whisky...?

Este Whisky endiabrado no le sale, y la pobre se echa a llorar.

Al fin, ante los insultos despiadados del mayordomo reacciona y tornando nuevamente la fuente, repite:

— ¡Conac, Chartreuse, Whisky...?

¡Ya ha salido!

Mas al dar la media vuelta chocó contra un cristal y la fuente voló un instante para aterrizar con todo el cristal hecho añicos.

En los salones crece la animación. Los invitados van llegando, y vemos al señor Braun dándoles amablemente la bienvenida.

Mientras tanto, Hans y Eduardo esperan la hora de la recepción bebiendo en su bar favorito.

Hans duda entre ir o renunciar a la mano de Sybil. Su corazón lucha entre el gran amor de Catalina y la parodia de la familia Braun.

—¡No seas estúpido, Hans! ¿Vas a renunciar a una fortuna inmensa para apropiarte esa fregona, que para colmo de colmos no sabe leer?

—¡Calla, Eduardo! ¡Mi lucha presente no tiene lugar entre egóismos, sino entre generosidades! No quiero ir, no iré!

—¡Trás de buen grado, o te arrastraré!

Hans se decide al fin y un cuarto de hora después hace su entrada en los salones de la casa de su novia, saludando a ésta muy fríamente.

El señor Braun, acariciando con fruición su inminente venganza, hace la presentación del joven a todas sus amistades.

En este momento, que es el que ha escogido el irrecconciliable fabricante, Catalina aparece en el salón con su fuente de plata llena de copas y licres.

El señor Braun se frota las manos, saboreando las delicias del próximo espectáculo.

—¿Usted no bebe, señor Gerstlow? — pregunta al joven, refiriéndose crudamente en su fatal venganza.

Gerstlow se vuelve y al ver a Catalina, su rostro se cubre de una palidez mortal.

Ella ha llegado ante él y le reconoce, a su vez, quedando muda y aterrada, inmóvil, con la fuente temblorosa sobre sus limpias y diminutas manecitas de nueva camarera.

—¿Le gusta su cóctel? — prosigue, riéndose ante el padre de Sybil dirigiéndose ahora a Catalina, provocador e insultante, en medio de un silencio imponente.

—(No le conozco, señor! — puede al fin articular la linda camarera, con voz débil, pero estanca y mortificada.

Y viniendo sin heroldía de mujer bonda y generosamente enamorada la tragedia horrible de su corazón, recita, paseando la fuente ante los estupefactos y despreciativos invitados:

—¡Cofee, Chartreuse, Whisky...!

Y desaparece con dramática lentitud y rigidez de sonámbulo. Gerstlow, como si despertase definitivamente de un sueño, corre tras ella y alcanzándola en el corredor sin testigos, le cierra el paso.

—¡Catalina!

—¡Apártate de mí, señor! — ruga la muchacha con voz entrecortada por la emoción.

Y entra en su habitación.

Hans se precipita a la puerta, que Catalina ha cerrado por el interior.

—Catalina, Catalina, abre, abre, por favor! — clama con desesperada angustia.

La muchacha no abre y Hans decide aprovechar este intervalo para desahuciar a Sybil.

En cuatro saltos se presenta en su habitación. Sybil flora amargamente. El señor Braun está a su lado.

—¿Qué viene usted a hacer aquí? — se interpone con dignidad el fabricante.

—¡Nada más que una despedida! — concreta con voz seca, Hans.

—¿No hace falta!

—¿No?

—¡No, señor! ¡Ni Sybil ni yo la necesitamos! ¡Mi hija ha desperdiciado su tiempo!

—¿Sí? Muchas gracias! ¡Yo también! ¡Hasta nunca!

Y Gerstlow vuelve a la habitación de Catalina, hallándose con que la muchacha ha desaparecido.

En el momento, no pudiendo soportar su dolor, Catalina ha decidido abandonar la ciudad y llega a la estación pidiendo billete para su remoto villorrio, que ni el propio empleado conoce.

El tren no saldrá hasta mañana a las siete. Entre usted en la sala de espera y podrá pasar relativamente la noche.

Mientras tanto, Hans se dirige a la Comisaría pidiendo que le presen unos cuantos agentes.

Catalina, con el peso abrumador de su tragedia, se ha sentado sobre la maleta en la fría sala de espera de la estación.

De pronto irrumpe en la sala una sección de policías en actitud de batalla.

Los ocupantes de la sala huyen despavoridos y Catalina queda sola en ella. Uno de los agentes se le acerca.

—¿Conoce usted a una muchacha llamada Catalina?

—Catalina? Soy yo! — declara, sinceramente, la muchacha.

—¿Con qué usted? ¡Sigame!

Y Catalina es conducida a la Comisaría entre dos policías altos como torres.

El Comisario telefona a Gerstlow enterándole de que la muchacha ha sido hallada.

Al registrar la maleta de Catalina los policías hallan una botina; es lo único que le queda a la muchacha como recuerdo de su desatado amor.

—¡Oh, por caridad no tiren esto! — pide con vehemencia.

—Y el reloj? — demanda el comisario. — ¿Dónde ha escondido el reloj que ha robado?

—¡Yo no he robado ningún reloj, señor! — protesta la muchacha, sorprendida.

En este momento llega Gerstlaw. Apenas ve a Catalina, sin parar ni dtes en quienes lo rodean, la toma amorosamente entre sus brazos.

—¡Catalina! ¡El ardor me ha salido bien! He fingido que me había robado un reloj para inducir a la policía a que lo buscara! ¡no podrás separarte de mí!

—¿Qué ha dicho usted? — ruga el comisario. — ¿No sabe que estas mentiras se castigan duramente, señor Gerstlaw?

—Yo solo sé que amo a Catalina, señor comisario; en cuanto a lo demás ya sabe dónde podrá encontrarme! — protesta importunado Hans, al tiempo que entrega su tarjeta al policía.

Y tomando amorosamente a Catalina por el cuello, se la lleva fuera del despacho.

Al llegar al corredor, solitario y silencioso, Hans abraza a la muchacha apasionadamente hasta su pecho.

Catalina no osa levantar la vista.

—¡Catalina, mírame a los ojos! — ruega el enamorado joven, estrechándola con dulzura.

Catalina levanta la mirada.

Hans le ama, sus ojos no pueden mentir; hay un supremo punto culminante en la marcha sobre el amor, en que la ficción es imposible.

Hans la estrecha intensamente sobre su corazón y la besa largamente.

En el corredor aparece un ujier, escandalizado.

—¡Ah, señores! ¿han comido ustedes esta casa por un Edén?

Y golpeando el suelo con los tacones con nerviosa y rápida sonoridad, despierta de su éxtasis a la enamorada pareja, la cual, feliz y sonriente, sale a toda prisa camino de la felicidad.

FIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
* — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
— 8. *La tumba india*, por La Jana.
* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
— 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
— 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.
* — 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.
— 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
— 17. *Baile en el Metropol*, por H. George, Viktoria Ballasko.
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
— 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
— 23. *Caballería ligera*, por Marika Rokk y Fritz Kampers.
— 24. *Impetus de Juventud*, por Sylvia Sydney.
— 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
— 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
— 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
— 28. *El trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis, George Brent.

* Agotadas

En preparación

LA ROSA DE LOS TUDOR, interpretada por
NOVA PILBEAM-LEDRIC ARDWICKE-DESMOND TESTER-JOHN MILLS

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 134

BARCELONA



N.º 30